

RECENSIONES

M. GABRIELLA ARTOM PASQUALINI: *La política della Spagna nei territori di Fernando Poo e del Río Muni del 1956 all'indipendenza*, Università degli Studi di Perugia, 1970, 110 pp.

Se trata de la separata de un trabajo publicado en los Anales de la Facultad de Ciencias Políticas de dicha Universidad, de la cual la doctora Pasqualini es Profesora asistente. El interés de este opúsculo es tan considerable que merece dedicarle un comentario.

La Profesora Pasqualini—a quien hemos tratado personalmente durante un seminario que tuvimos el honor de dirigir, en 1969, en la Universidad de Perusa—ha redactado este trabajo concienzudamente, invirtiendo en él más de un año, y con una objetividad digna de subrayarse ya que no es frecuente en los trabajos procedentes del extranjero que enjuician temas relacionados con España. Para buscar documentación directa, la autora visitó Madrid y la Guinea Ecuatorial, revisando informes y entrevistando a personas implicadas en el proceso de la evolución política de aquellos territorios. Esta exhaustiva compulsión de documentación le confiere un alto rigor científico.

En tal aspecto, la autora cita, entre las obras que ha manejado, 28 españolas y 16 extranjeras. Respecto de las primeras, destacan seis de Cordero Torres, dos de Cervera Pery y otras de Miranda Junco, De la Peña y Goyoaga, etc. Entre los foráneos cita, entre otros, ocho trabajos de Pelissier. Además, ha utilizado profusamente los decretos, órdenes, ordenanzas y discursos oficiales españoles, así como las actas e informes de las Naciones Unidas. La plataforma documental en que se basa este estudio es, por lo tanto, técnicamente irreprochable.

Y a partir de esta infraestructura, la Profesora Pasqualini ha logrado uno de los trabajos que, dentro de su brevedad, pueden calificarse de más densos e importantes entre los publicados respecto al último decenio de la presencia española en el Golfo de Guinea. La simple mención del sumario expresa elocuentemente su alcance: introducción; características geográficas, étnicas y económicas de la Guinea Ecuatorial; ojeada histórica de la presencia de España en el Golfo de Guinea y de la colonización de los territorios de Fernando Poo y Río Muni; apertura de una nueva política de España en Guinea con el decreto de la Jefatura del Estado de 21 de agosto de 1956; la transformación de Fernando Poo y Río Muni en provincias españolas (1959); el régimen de autonomía de 1963; institución de la región ecuatorial autónoma; influencia ejercida por las Naciones Unidas sobre el proceso de descolonización de los territorios de la Guinea Ecuatorial en el período 1964-1967; la conferencia constitucional (1967-1969) y la independencia (12 de octubre de 1968).

Subraya, con acierto, que la acción española perseguía «los ideales de "hispanidad" y de misión que fueron el fundamento de la acción colonial española en los países

de América del Sur». Hegel llamó a Africa «el continente sin historia». Aunque tal vez no sea ésta la realidad en los tiempos pretéritos, lo cierto es que en el siglo y medio último la historia africana es la de las huellas impresas por las potencias colonizadoras, y la de España en el Golfo de Guinea se caracteriza precisamente por esos dos factores que señala la autora. Cumplidos esos objetivos, «España, en un cierto momento, ha preferido, respecto de la Guinea Ecuatorial, una solución liberal del problema de la suerte de este país».

La Profesora Pasqualini estudia con particular atención el tránsito de los territorios coloniales guineanos a provincias españolas. Después de analizar el decreto de 21 de agosto de 1956 y la ley de 30 de julio de 1959—así como los discursos del Almirante Carrero Blanco y del Ministro de Asuntos Exteriores, Castiella—, concluye que «la política española se basaba en la concepción de que la “colonización” es una función ética, social, religiosa, que lleve a los pueblos más atrasados hacia su progreso; coherentemente con este principio, la sujeción no implicaba el disfrute de las poblaciones dependientes, tanto es así que la política colonial que implicaba tales objetivos bastardos se indica en lengua española con el término levemente despreciativo de “colonijaje”. Aspecto esencial y característico de la política española era una profunda acción educativa con el objeto de difundir la cultura española y la religión católica en los países administrados».

Señala que «lo que influyó particularmente sobre el cambio de política del Gobierno de Madrid en Africa, orientándolo a conceder la autonomía a sus provincias africanas subsaharianas, fue la vigorosa acción política de los Estados miembros de las Naciones Unidas respecto al problema de la descolonización, decidida durante la XV Asamblea General en los últimos meses de 1960», para terminar afirmando que «el Gobierno de Madrid, aunque no aceptaba la obligación de informar sobre los territorios no autónomos, considerando la petición como una intromisión en la esfera de la competencia interna, no obstante, consciente de la importancia de cooperar con la Organización, decidió enviar, por su espontánea voluntad, informes sobre sus “provincias de ultramar”. Lograba mantener así una coherente línea política en su posición no ciertamente fácil en el ámbito de las Naciones Unidas: por una parte negaba la existencia de colonias españolas en Africa, por lo cual el debate sobre el colonialismo y sobre el neocolonialismo no le afectaba directamente, y por otra reconocía la exigencia de los países africanos a realizar las propias aspiraciones».

No obstante, la Profesora Pasqualini, en nuestro entender, no ha sabido interpretar plenamente, en su espíritu, las palabras del Jefe del Estado referentes, en su discurso de 2 de junio de 1961, a la independencia de los pueblos. Así, afirma, que «el Gobierno de Madrid continuaba, pues, reteniendo la independencia como una concesión por parte del Estado administrador, a continuación de un período de preparación, casi de aprendizaje en el ejercicio de las funciones de Gobierno, y no como un derecho del pueblo administrado. La postura española estaba, pues, en abierto contraste con la resolución número 1.514 (XV), en particular con los puntos tercero y quinto». Más bien, el Gobierno de Madrid, según las palabras de Franco, que consigna la autora, consideraba que «...la independencia ha de ser un fruto maduro que se desprende sin violencias ni traumatismos llegada la mayoría de edad...». Por lo tanto, reconocía ese derecho, que sería tenido en cuenta cuando se dieran las condiciones necesarias para que el pueblo en general pudiese disfrutarlo plenamente y, para ello, aspiraba a crear una identidad nacional entre dos territorios disímiles en sus factores raciales, geográficos y económicos. Si no precipitaba la concesión de la independencia, no era por intereses de España—que no obtenía ningún beneficio material de la Guinea Ecuatorial, sino a la inversa—, sino por asegurar el bienestar del pueblo guineano tras de su emancipación. Precisamente el turbado panorama de Africa desde 1960 im-

RECENSIONES

ponía cierta prudencia a cualquier estadista responsable, ya que se comprobaba por doquier que en los Estados que habían alcanzado la independencia prematuramente se registraban sangrientas turbulencias, enfrentamientos tribales, tensiones con otros Estados vecinos, caos económico, etc. España, teniendo en cuenta su responsabilidad histórica, pretendía evitar a unos pueblos entrañables un incierto porvenir y deseaba otorgar la independencia cuando se lograra esa identidad nacional que sería garantía del futuro. La descolonización de África ha creado en el continente muchos Estados, pero casi ninguna nación, y recuérdese que fue Voltaire uno de los primeros que hablaron de nación.

La Profesora Pasqualini examina sucesivamente el acceso a la autonomía y la preparación de la Constitución, tarea erizada de dificultades, especialmente por la pugna *bubi-fang*. En todo el transcurso de este interesante texto se advierten atinadas consideraciones que demuestran el esmero con que la autora ha estudiado textos y antecedentes para extraer las conclusiones más significativas.

En definitiva, este breve compendio de un decenio de política española en África debe ser conocido por todos los que en ella se interesan, ya que constituye una valiosísima contribución a su estudio.

JULIO COLA ALBERICH

DAVID W. MILLER-CLARK D. MOORE: *The Middle East yesterday and today*, Bantam Pathfinder, editions, Nueva York, Londres, Toronto, 1970, 364 pp.

Desde pocos años después de la segunda guerra mundial viene siendo un hecho de constante evidencia objetiva el de que los temas políticos referentes al Cercano Oriente, de los países que se extienden hacia el este-sudeste del Mediterráneo, constituyen uno de los sectores más destacados y complicados en toda la evolución política internacional. La enorme importancia intrínseca de unas zonas en las cuales confluyen tres continentes, y que desde varios puntos de vista pueden considerarse como una encrucijada total, debería hacer que su estudio y conocimiento se basase sobre las realidades locales; no sobre los puntos de vista que respecto a las cuestiones de las regiones próximo-orientales tengan las grandes potencias. Los intereses y las presiones de dichas grandes potencias no sólo son frecuentemente ajenos, sino muchas veces perjudiciales para la evolución coordinada de los países y los pueblos colocados entre los tres bordes de los Balcanes, el Sahara y el océano Indico.

Un punto clave que no debe perderse de vista es que el actualísimo conjunto geopolítico que los anglosajones se empeñan en llamar «Middle East», es sencillamente (nunca ha dejado de ser) el famoso «Antiguo Oriente» de las obras de *Historia Universal*. Así resalta la paradoja de que si en los siglos de los grandes imperios faraónicos, mesopotámicos, iraníes, bizantinos, etc. (y en lo medieval con los primeros jefes islámicos), el referido Oriente fue cabecera de lo mundial; desde el siglo xvii y el xviii quedó reducido a papeles secundarios. Sin embargo han persistido como factores fundamentales las tendencias al predominio de las influencias de los ambientes geográficos y de las condiciones físicas, sobre los cambios de los Estados y de los otros núcleos de sus sociedades humanas. Así allí es siempre absolutamente indispensable estudiar lo histórico en apretada conexión con lo contemporáneo. Porque lo uno y lo otro se completan por la permanencia de ciertos rasgos generales.

Desde muchos aspectos valiosamente objetivos, una de las claves más fáciles y directas para llegar a las realidades del Cercano Oriente, tomando como bases los usos y las modalidades de la vida que luego explican las tendencias de lo político inter-

nacional regional, es la que proporciona el manual de David W. Miller y Clark D. Moore. Se trata de una especie de antología, tan densa como cuidadosamente seleccionada, de la mayor parte de los autores relevantes que se han ocupado en lengua inglesa del referido «Middle East». Son ingleses, escoceses, estadounidenses, próximo-orientales residentes en Norteamérica, y otros en sus países de origen como Líbano, Siria y Palestina. Los textos se agrupan en cuatro grandes sectores sucesivos. Son el de la antropología y sociología; dos de historia política hasta el momento presente; y uno de los problemas económicos y sociales más corrientes.

David W. Miller y Clark D. Moore explican su labor, insistiendo en hacer recordar que el Cercano Oriente atraviesa por una enorme encrucijada en sus posibilidades políticas y sus impulsos de desarrollo. Los grandes bloques presionan para su control desde fuera, mientras desde dentro los tradicionalismos más rígidos se entremezclan con los impulsos sociales más avanzados. De todos modos se trata de una área vital mundial, contantemente sacudida por crisis siempre tensas.

Los dos referidos seleccionadores hacen también constar que tan importante como el conocimiento de la cultura, la historia, las condiciones políticas nacionales y los pleitos corrientes del Cercano Oriente, es la comprensión de los caracteres y las aspiraciones de sus pueblos. Miller y Moore recuerdan que si las culturas de la Europa occidental y del Oriente semítico, islámico, etc., tuvieron raíces comunes, sus trayectorias posteriores han diferido profundamente hasta el punto de que las comprensiones de los hechos pueden ser dificultades por las mismas diferencias de la vida de relación. El libro trata de rellenar los huecos de todas las faltas de perspectivas en las normas humanas por medio de la selección de textos escritos por expertos en lo pasado o lo presente. Los dos autores expresan la esperanza de que a través de la lectura de todos los textos, la claridad de las percepciones de las distintas formas de valorizaciones de las cosas, ayude a llegar mejor a los modos de plantearse los hechos.

Un grupo inicial de todos los temas se ocupa de las características étnicas y lingüísticas; de las formas de existencias desérticas, rurales, ciudadanas y de las grandes urbes, así como de las discordancias entre unas formas y otras. Siguen las mayores etapas históricas desde el aparecer del Islam; hasta las consecuencias regionales de la «guerra de los seis días» y sus diversas implicaciones internacionales generales. Por último, destaca entre los problemas económicos y sociales los referentes al petróleo, los regadíos, el desarrollo rural, la demografía, la industrialización, las comunicaciones, la educación y el adelanto femenino.

En algunos de los temas parece necesario que la fuerza de los datos exactos y estrictamente objetivos sirva para desterrar algunos prejuicios de conceptos y muchos espejismos de desatada fantasía que aún subsisten en muchos de quienes desde lejos abordan los problemas del Cercano Oriente y sus prolongaciones. La referida fantasía resulta mucho más absurda e incomprensible cuando se trata de países de formación o estructura árabe. David W. Miller y Clark D. Moore comienzan precisamente la introducción de su libro recordando lo absurdo de que los clisés sobre las arenas, las caravanas de camellos, los jeques de película, las pirámides, los papiros y los cuentos de «Las mil y una noches» perjudiquen a la comprensión del Cercano Oriente hoy.

Por ejemplo, uno de los más frecuentes prejuicios en los enfoques equivocados es considerar a los países del oriente árabe bajo unas perspectivas desérticas, de oasis con palmeras entre las cuales van y vienen unas tribus más o menos guerreras y pintorescas. En realidad todo lo que se conoce con el sobrenombre de «Mundo árabe» tiende a marcar el predominio de las grandes ciudades, a veces enormes, sobre todo hacia el sector oriental.

En El Cairo hay 5.130.000 habitantes, casi dos millones en Alejandría y en el resto de Egipto existen otras once poblaciones que tienen entre cien mil y quinientos mil

habitantes. En Iraq, la famosa Bagdad tiene 1.750.000 habitantes; y en Siria reúnen otro millón y medio entre Damasco y Alepo. En la República del Líbano entera, sus 2.825.000 habitantes componen casi un perímetro urbano de su capital, Beirut. Y los 540.000 habitantes de Kuwait (o Koweit) viven en una urbe petrolífera que no tiene campo.

Si saliendo de los países próximo-orientales que actúan como arabizados se incluyen sus próximos vecinos (o sea Irán, Turquía e Israel), se ve cómo Teherán tiene 3.400.000 almas, las dos capitales turcas reúnen 2.800.000 y en Israel de hecho la densidad de las formas urbanas reproducen normas norteamericanas de las urbes de California.

En el fondo, el punto central de todas las exposiciones formativas y todos los análisis documentales referentes al Oriente próximo, es naturalmente el de los problemas de Palestina, sobre todo los existentes entre Israel y los árabes contiguos. Por ejemplo, Joseph E. Johnson y Benjamin Shwadran tratan respectivamente de los factores psíquico-políticos que hasta ahora han venido actuando negativamente en la comprensión árabe-israelí y de las condiciones globales regionales de las presiones nocivas de las grandes potencias que actúan en aquellas áreas. Con todo ello, Walter Z. Laqueur se pregunta si una paz verdadera en el «Middle East» es posible, teniendo en cuanto ante todo las condiciones humanas naturales.

Según Joseph E. Johnson, lo más grave de las incomprensiones y las incompatibilidades que se han venido manifestando entre los judíos sionistas y los diversos sectores de los árabes nacionalistas son de una «falta de comunicación». La mayor parte de las veces los sionistas han desdeñado las opiniones de los árabes locales y remotos (sobre todo de los palestinos); mientras que entre los portavoces árabes de las protestas contra el sionismo su acción y su expansión se han hecho «desde fuera». Es decir, en ambos casos los líderes de las diatribas y las polémicas hablan sin tomarse la molestia de ir a ver por dentro lo que son y cómo son sus antagonistas. Si lo hubiesen hecho, habrían encontrado que los fundamentos semíticos de su hebraísmo y su arabismo eran enormemente semejantes. En cuanto a las diferencias vitales y sociales entre los dos conjuntos humanos, si resultaban enormes antes de crearse el Estado de Israel ahora tienden a fundirse rápidamente.

Hasta ahora no ha habido nunca conversaciones en las cuales los líderes políticos árabes y los líderes políticos israelíes se hayan sentado juntos a discutir algo fundamental, sea lo que sea. Esta es una falta muy grave. Y al hablar cada uno por su lado, como sordos o como locos, no se ha podido encontrar el terreno común que sin embargo existe. En el libro de textos recopilados por David W. Miller y Clark D. Moore se ve que el temor mutuo es un factor psíquico destructivo. Los árabes recelan de Israel y de sus ataques, mientras que Israel se queja a cada paso del «peligro» de los árabes. Es el factor más irracional que amenaza por los dos lados el futuro de unos pueblos semitas o semitizados que podrían ser complementarios.

Sentimentalmente el complementarismo se expresa a veces por el deseo de un «palestinismo» común que tuviese iguales oportunidades para los habitantes de todos los grupos raciales y religiosos en Tierra Santa. Pero de los textos recopilados por Miller y Moore se deduce que existen posibilidades más amplias e inmediatas en varios programas de aprovechamientos comunes económico-sociales árabe-hebreos; en varios sectores de regadío, comercio, comunicaciones, reajustes de intercambios sociales, etc.

RODOLFO GIL BENUMEYA

RECENSIONES

ISAAC DEUTSCHER: *La década de Jruschov*. Alianza Editorial, Madrid, 1971, 200 pp.

Se ha dicho, con notoria exageración, que Nikita S. Jruschov constituye, luego de John F. Kennedy, la personalidad política más famosa del mundo actual. Con lo que, en cambio, si estamos de acuerdo es con las palabras que, con ocasión de su reciente fallecimiento, insertaba un prestigioso matutino madrileño, que afirmaba, entre otras muchas cosas, que con la muerte de Jruschov desaparece de la escena política rusa el temperamento político que a lo largo de un decenio dio más que hablar dentro y fuera de su país. Hombre explosivo, pero de campechanía contagiosa, tuvo el valor de imprimir a la fría organización del comunismo ruso un giro muy notable, que la Historia se encargará de enjuiciar plenamente. Fue con Bulganin y Mikoyan el iniciador de una nueva línea de relación con el «mundo libre». Compareció en la ONU y estableció contactos frecuentes y personales con sus colegas de Occidente. Verdad que en alguna ocasión (ciertamente crítica) Jruschov dio muestras de su irritable carácter y de sus malos modos sociales. No era precisamente un diplomático, sino un hombre de acción, pero veía las realidades con claridad de político nato. A pesar de sus exabruptos, los diálogos de Jruschov con sus colegas de Occidente, tanto en la ONU como en las conferencias a que asistió, sirvieron para impulsar el movimiento de distensión que fue quitando carga eléctrica a la guerra fría¹.

Con la publicación de este libro quedan en claro no pocas cosas, a saber: que cincuenta años después de la revolución bolchevique de 1917—según nos advierte el profesor Arnold J. Toynbee—, el comunismo ruso no ha alcanzado los objetivos positivos que estaba seguro de lograr al principio. No es menos evidente su fracaso en sus tentativas para romper con el pasado. Si tuviéramos que interpretar en lenguaje marxista la historia de estos cincuenta años de comunismo ruso, tendríamos que definir la «razón de ser» del régimen soviético como algo tecnológico y económico². Por otra parte, igualmente, el tiempo se ha encargado de refutar—como de forma acertada piensa el gran historiador inglés que acabamos de citar—la doctrina de Lenin, que hace del proletariado industrial, ruso y occidental, el aliado natural de los pueblos asiáticos y africanos explotados por el imperialismo, y del comunismo, el credo que puede unir de nuevo las dos alas de este gran ejército de víctimas. Hoy, los comunistas chinos acusan a los comunistas rusos de representar a la rica minoría blanca que conspira con los americanos para proteger sus ilegítimos privilegios. Los chinos han recogido la doctrina de Lenin, que sitúa en el comunismo toda esperanza de las razas de color, pero sostiene que únicamente un poder comunista no-blanco puede defender honestamente los intereses de los hombres de color. De hecho, China ha declarado virtualmente una guerra de razas en nombre del comunismo chino³.

Todas las revoluciones políticas, sin excepción, producen héroes, magníficos líderes políticos y, sobre todo, hombres representativos. Sin la revolución de 1917, estamos bien seguros de ello, difícilmente hubiera podido sobresalir la figura de Jruschov. A la sombra, pues, de la azarosa contienda surge este sobrio y eficaz líder político. Los años de la revolución son para Jruschov, como para otros tantos militantes, los «años decisivos», la etapa de aprendizaje, la época insustituible para llegar al conocimiento supremo de todos los resortes que constituyen el juego de la acción política. Su existencia es bastante oscura—se entiende políticamente—hasta los aledaños de 1930. A partir de

¹ Editorial: «Le dio otro giro a Rusia.» Diario *Ya*, Madrid, 12 de septiembre de 1971.

² Varios autores: *Rusia encuentra de nuevo su espíritu*. Editorial Magisterio Español, Madrid, 1967, 170 pp.

³ Varios autores: Obra citada, p. 169.

esa época, como ha escrito uno de sus glosadores⁴, se convierte en uno de los miembros más importantes del Partido, en el que, efectivamente, llega a ocupar cargos jerárquicos—secretario del Comité del Partido del distrito de Moscú—. Más tarde, en 1939, Jruschov es nombrado miembro del Politburó—organismo que, en la actualidad, conocemos bajo el nombre de Presidium (organismo dirigente del Partido)—, al que ha pertenecido ininterrumpidamente hasta su caída en desgracia—1964—. Fue, por lo tanto, el primer hombre después de la célebre revolución admitido en este sanctasanctórum, y como tal ha simbolizado siempre la nueva generación de dirigente.

Naturalmente, según Jruschov iniciaba la escalada—espectacular escalada—hacia los puestos claves del Partido, toda una densa atmósfera de desconfianza, de misterio y de especulaciones de todos los géneros se cernían sobre su persona. Así, por ejemplo, no faltaron las conjeturas en torno de su probable «peligrosidad» para el mundo libre—conviene no perder de vista que era el heredero directo de Stalin—. Un gran periodista de la época escribió lo siguiente: «Ciertamente es menos peligroso que Stalin, pues no gobierna con voluntad de hierro y es más moderado, más flexible. No es probable que Jruschov inicie una aventura como la guerra de Corea. Por otra parte, es menos cauto que Stalin, más indulgente. Por tanto, su misma flexibilidad y moderación pueden servir, a largo plazo, para que la Unión Soviética sea más poderosa, y no más débil, frente a los Estados Unidos; la relación puede aumentar su poder, no disminuirlo. Otra vez puede señalarse que, al «respetabilizar» a la URSS, Jruschov está en mejor situación que Stalin para atraer las miradas del mundo y ganarse a neutrales y oponentes»⁵.

Justamente, Jruschov alcanzó plenos poderes. Las fuentes de procedencia de los mismos eran, cuando menos, seis: Primera, la fuerza arrolladora de su personalidad. Segunda, su control, bien informado, de la maquinaria del Partido. Tercera, el hecho de que la mayor parte de los ciudadanos soviéticos están en mejores condiciones materiales que antes. Cuarta, simboliza el fin del terror, la liberación de la depravación de la policía stalinista. Quinta, defiende la paz, que todo ruso desea. Sexta, personifica vivamente la fuerza de carácter y extraordinaria singularidad de propósito del régimen soviético. Además, según John Gunther, Jruschov creía en la paz y la coexistencia.

A la vista, por consiguiente, de cuanto hasta aquí antecedece, podríamos hacernos la siguiente pregunta: ¿Tendrá un puesto en la Historia? Un agudo comentarista de política internacional escribió, mucho antes de producirse el incidente del mes de octubre de 1964—fecha de su expulsión del poder—, «no importa cuánto se condene más tarde a Jruschov, a la conocida manera soviética. Tiene un lugar asegurado en la historia rusa durante largo tiempo para cualquier historiador razonablemente objetivo, aunque sólo sea porque fue el hombre que hizo la transición del stalinismo y su terror a las oligarquías tecnocráticas del futuro. No es un hombre agradable, pero sus cualidades son grandes y sus realizaciones claras. Dio nuevo curso a la teoría soviética al repudiar hasta cierto punto dos antiguos pilares marxistas básicos: que el Gobierno parlamentario nunca es más que una burla y que la violencia es esencial para la transformación de la sociedad»⁶.

¿Qué es lo que indudablemente realizó Jruschov? Jruschov—se nos ha dicho muy recientemente⁷—cambió de un manotazo el giro interno de la política rusa. No cabe duda de que, cuando pasen los años, la etapa de Jruschov será valorada como una apertura al sentido humano de la convivencia, tanto nacional como internacional. Aunque

⁴ GUNTHER, JOHN: *Líderes del siglo XX*. Editorial Bruguera, Barcelona, 1970, 746 pp.

⁵ GUNTHER, JOHN: Obra citada, p. 754.

⁶ GUNTHER, JOHN: Obra citada, p. 760.

⁷ Editorial de *Ya*.

RECENSIONES

sus inmediatos sucesores quisieron o intentaron frenar ese giro humanizador, la verdad es que no lo han conseguido plenamente ni probablemente lo conseguirán. El hombre ruso se siente hoy más dueño de sí mismo que lo era en tiempos de Stalin. Y esta conciencia de mayor libertad creemos que ha sido la gran contribución que Jruschov trajo a la política de Rusia.

Es obvio, y es preciso insistir en este aspecto, que no fue un ideólogo—tampoco lo fue Stalin—, pues, dada su escasa cultura—señala un comentarista contemporáneo—, nunca aspiró a definir doctrinalmente nada. Era un político realista y un ser humano que, a pesar de la deformación moral causada por muchos años de servicio y sumisión al sistema brutal que impuso Stalin, mantuvo siempre un mínimo de cordialidad y hasta de jovialidad que le hacía fácilmente relacionable con los demás hombres, fueran o no fueran comunistas.

Cometió, por supuesto, serios errores. El más grave en consecuencia—ha subrayado cierto editorialista—fue su intervención belicista en la Cuba de Castro. Chocó entonces con el poderío de los Estados Unidos, que contaban con un presidente, John F. Kennedy, que no se dejaba ganar la partida, como se la había dejado ganar Eisenhower en la tormentosa conferencia de París, tras el incidente del espionaje aéreo. Jruschov se vio obligado a pasar por la humillación de retirar las armas nucleares de ataque que había depositado en Cuba. Pero aun en esto hay que decir que Jruschov tuvo la valentía de enmendar su error, pues de otro modo se habría expuesto a ir al choque bélico con los Estados Unidos. Evitó posiblemente una guerra, en aquellas circunstancias en que la guerra podía convertirse en destrucción nuclear; tal decisión hay que cargarla en la cuenta de las realizaciones positivas de Jruschov.

Con cuanto antecede, pensamos, tenemos algunos elementos de juicio para valorar de manera objetiva la personalidad del ex líder soviético recientemente desaparecido y, lo que es más importante, la justicia histórica que el doctor Isaac Deutscher le hace en las páginas del libro que suscita nuestro comentario crítico. Por lo pronto, circunstancia que el futuro lector de estas páginas podrá comprobar nada más comenzar el libro, el doctor Deutscher escamotea a Jruschov el mérito de haber sido el iniciador del proceso de desestalinización. El autor subraya que la desestalinización era una apetencia natural de las diferentes clases sociales soviéticas que, efectivamente, presentían que no podían seguir viviendo como lo venían haciendo. Si la rebelión no llegó a estallar, en vida del propio Stalin, se debió principalmente a que «ninguna clase o grupo tenía la posibilidad de expresarse políticamente, de formular un programa de reformas, de luchar por su realización. Varias décadas de gobierno totalitario habían dejado a la nación políticamente atomizada» (p. 17). Es obvio, advierte el autor, que «no es difícil adivinar cuáles hubieran sido las reivindicaciones de los obreros y de los campesinos de haber podido expresarse en términos políticos. Los obreros hubieran reclamado sin duda la abolición de la legislación laboral stalinista, así como un nuevo tipo de relación entre los directores de fábricas y los trabajadores; un renacimiento de los sindicatos y de su libertad para defender los intereses de los trabajadores; una nueva política de salarios que redujera las enormes diferencias en el abanico de ingresos; una modificación de la política económica y un gran incremento de la producción de bienes de consumo; la construcción de viviendas; y finalmente un cierto control de los trabajadores sobre la industria» (p. 18).

Considera el doctor Deutscher que el auténtico drama soviético, acaecido a la muerte de Stalin, fue, precisamente, el carecer de un grupo de auténticos líderes políticos que hubieran podido dar otro destino y otras esperanzas al pueblo ruso. «Cabe preguntarse por qué un gran país, en un momento de supremo esfuerzo de autopurificación, no ha sido capaz de elevar al poder a hombres con un pasado limpio, hombres que

RECENSIONES

no fueran epígonos de Stalin. La respuesta, en todo su horror, es muy sencilla: todos los dirigentes de la opinión antiestalinista habían sido exterminados, y un país que durante tanto tiempo había permanecido políticamente atomizado no podía engendrar dirigentes de un día para otro. La desestalinización se había convertido en una necesidad racional para la Unión Soviética; pero al no existir antiestalinistas capaces de llevarla a cabo, la tarea de realizarla recayó en los gobernantes stalinistas, los cuales no podían hacerlo sino a medias. Fueron las circunstancias las que les impusieron esa misión, poco afín con lo que ellos eran. Se enfrentaron con esa tarea divididos entre sí y divididos en su propio ser, desgarrados entre la sinceridad y la hipocresía, entre el valor y el temor, entre sus compromisos con el stalinismo y sus deseos de romper con él, entre el pasado y el futuro» (p. 23).

Entiende el doctor Deutscher que, en realidad, Jruschov «desorientó» profundamente al pueblo soviético, a saber: «La ambigüedad del jruschovismo—escribe (p. 30)—pone un interrogante sobre algunas de las reformas y sobre buena parte del progreso realizado. Provoca incertidumbre, dudas e incluso temor en el pueblo soviético, que se pregunta qué es, al fin y al cabo, lo real; si la repudiación jruschovista de la opresión staliniana, o su repudiación de la repudiación. Mientras oficialmente se condena y se justifican a la vez los crímenes de Stalin, no hay seguridad de que los sucesores de Stalin no cometan a su vez crímenes parecidos. Ciertamente, ha desaparecido el poder arbitrario de la policía política; pero, ¿no puede reaparecer? En los asuntos económicos y sociales, el Gobierno ha dejado de confiar en la coacción; pero ¿no volverá a recurrir a ella una vez más? Los burócratas han cedido terreno a los obreros y a los campesinos, renunciando a algunos de sus privilegios; pero ¿han cedido este terreno para siempre o tienen intención de recuperarlo? La incertidumbre desalienta la “iniciativa de las masas”, en la que tantas esperanzas se han puesto y que es, sin duda alguna, esencial para la eficiencia y la salubridad del país».

Jruschov intentó, denuncia el autor de estas páginas, hacer olvidar parte del pasado soviético. Por eso mismo, durante su mandato, aconsejó dejar en silencio los temas de la historia reciente. «Paradójicamente, es la historia de la revolución bolchevique y de la Unión Soviética lo que sigue siendo objeto de una completa falsificación. No puede ser fácil, ciertamente, para los historiadores el restablecer la verdad histórica después de varias décadas de omisiones y de tergiversaciones. Pero dándoles tiempo y acceso a las fuentes y a los archivos, no cabe duda de que los jóvenes historiadores podrían llevar a cabo esta tarea. Tropiezan aún con barreras levantadas en provecho del grupo dirigente, que no desea que se haga plena luz sobre los últimos cuarenta años. Jruschov y los que le rodean son, como ya he dicho antes, epígonos de Stalin; han hecho su carrera bajo su mandato y, de grado o por fuerza, han sido cómplices de sus crímenes. Para seguir en el poder tienen, pues, que mantener los hechos históricos alejados de la mirada y de la mente de la gente» (p. 46).

La suprema dependencia, que a pesar de todo la política de Jruschov ha mantenido en relación con la ideología stalinista se hace, nos dice el doctor Deutscher (p. 56), claramente palpable en orden a la política internacional mantenida por el recientemente desaparecido líder. En este aspecto no cabe duda—subraya el autor del libro—de que la política exterior soviética es una prolongación de su política interior. Tanto dentro como fuera de la URSS, el jruschovismo constituye un frágil equilibrio entre las tradiciones stalinianas y la reacción contra ellas. La persistencia de un aislacionismo residual no se debe simplemente a la inercia; también es producto de la situación internacional. En un mundo dividido en dos bloques rivales, cada bloque se ve forzado a permanecer aislado del otro, y en cada uno de ellos la potencia más fuerte trata de conservar las prerrogativas que le confiere el liderazgo. Pero aquí, como en política

interior, lo que importa es la interacción entre lo viejo y lo nuevo. Los dirigentes soviéticos —y especialmente los de la época de Jruschov— han acometido la tarea de transformar el «imperio socialista» staliniano en algo parecido a una *Commonwealth* socialista. Han abandonado la ambición de Stalin de controlar directamente la vida económica y política de los países del bloque soviético.

Jruschov se preocupó, confiesa el doctor Deutscher, de dar máxima publicidad a la idea del desarme y de la coexistencia pacífica. Ahora bien —entiende el autor (p. 70)—, las propuestas de desarme presentadas por Jruschov ante las Naciones Unidas parecen responder a una comprensión de la futilidad y el horror de esta situación. Su argumentación en favor del desarme total es tan simple como el huevo de Colón. Si hasta la fecha han fracasado todos los intentos de desarme parcial, ha sido sin duda porque las potencias no podían ponerse de acuerdo sobre el control o la inspección; el desarme parcial sólo admite una inspección parcial, la cual resulta por definición inadecuada. En estas condiciones, las potencias no pueden permitir una inspección de todos sus arsenales, pues no pueden divulgar los secretos que no están incluidos en el plan de desarme. Ninguna potencia puede estar segura, además, de que detrás de la pantalla del «legítimo secreto», la otra potencia no esté infringiendo sus obligaciones de desarmar.

Al tratar Jruschov de encontrar una nueva dimensión al comunismo originó, sin proponérselo, la disidencia chino-soviética. «Una de las ironías supremas —manifiesta el autor de la obra que comentamos (p. 99)— es que Jruschov hoy, uno de los principales cómplices de Stalin y uno de los artífices de las grandes purgas, proclame la aspiración de liberar al comunismo de la petrificación stalinista, mientras que Mao Tse-Tung, cuya vinculación al stalinismo ha sido mucho más superficial y lejana, se presente como guardián de la ortodoxia stalinista.» Pero, acaso, la verdadera causa del conflicto chino-soviético radica, como ha escrito el gran especialista en cuestiones chino-soviéticas Donald S. Zagoria⁸, en una simple y radical —perdónesenos el juego de palabras— falta de cortesía cometida por Jruschov, a saber: «Se dice que en una carta dirigida el 10 de septiembre de 1960 al Partido soviético, los comunistas chinos declararon que las «verdaderas diferencias» entre ellos y Jruschov habían empezado cuando, en su discurso secreto al XX Congreso, Jruschov negó la actuación positiva de Stalin, sin previa discusión con los otros partidos comunistas. Es muy probable que, tal como se dice reprochaban los chinos, Jruschov hubiese emprendido el ataque contra Stalin sin informar de antemano a los chinos y a otros partidos del Bloque.»

No nos oculta el autor de estas páginas, naturalmente, el contraste actualmente existente entre el régimen soviético y el régimen maoísta. Las diferencias, subraya el doctor Deutscher (p. 109), son muy fáciles de apreciar, a saber: «Desde la muerte de Stalin el Partido soviético ha tenido que hacer algunas concesiones al igualitarismo de las masas; se han reducido las diferencias entre los salarios y sueldos más elevados y más bajos. El régimen maoísta, por otra parte, no parece haber permitido que los privilegios alcanzaran proporciones tan sorprendentes como en la URSS bajo Stalin, ni tampoco la existencia de diferencias salariales tan grandes como las actualmente en vigor en la Unión Soviética. En lo que respecta a otros países del bloque soviético, resulta difícil generalizar.» Cabe, por supuesto, preguntarse: ¿A qué se debe el sorprendente triunfo del maoísmo? El autor de estas páginas expone una profunda y muy convincente razón: «El maoísmo se ha visto —(p. 159)— mucho menos acosado por el temor que el stalinismo. Al igual que en la nación en general, también dentro del Partido han sido menos explosivas y destructoras las pasiones. Aquí, paradójicamente, el maoís-

⁸ ZAGORIA, DONALD: *El conflicto chino-soviético*. Libro Documento. Ediciones G. P. Barcelona, 1968, 56 pp.

RECENSIONES

mo se beneficia de ciertas ventajas del atraso; al bolchevismo, en cambio, le perjudicaron ciertos factores progresistas existentes en Rusia. El establecimiento del sistema del Partido único no ha sido en China una crisis tan dramática y penosa como lo fue en Rusia, pues los chinos nunca habían llegado a adquirir el gusto por el auténtico sistema pluripartidista. El reformismo social-demócrata no había echado raíces en suelo chino. El maoísmo nunca ha tenido que luchar con adversarios tan influyentes como los que se opusieron al bolchevismo.»

Consecuentemente, nos advierte el autor de este libro (p. 162), el desafío maoísta a la «dirección» por Moscú del movimiento comunista es en parte consecuencia de la consolidación de la revolución china; los maoístas no se habrían arriesgado antes a un conflicto con Moscú. Y la consolidación y el aumento de poder y de confianza se expresan en un «deslizamiento a la izquierda» y en la ambición maoísta de hablar en nombre de todos los elementos militantes del comunismo mundial.

Evidentemente, no escasa parte de los observadores de las relaciones internacionales, se han hecho la siguiente pregunta: ¿Puede entrañar algún peligro para la paz mundial la controversia chino-soviética? Naturalmente, en la brecha abierta entre la URSS y China pueden acechar grandes peligros. ¿Cómo reaccionará el maoísmo ante su aislamiento de la Unión Soviética si éste se hace más profundo y difícil? ¿Cómo le afectaría una relativa estabilización de los regímenes «burgueses nacionales» en la mayoría de los antiguos países coloniales y semicoloniales? Y si algunas potencias occidentales intentaran empujar a China contra la Unión Soviética, en vez de empujar a esta última contra la primera, ¿acaso no sucumbiría Pekín a la tentación? La perspectiva sería más clara si pudiéramos estar seguros—nos dice el doctor Deutscher (p. 164)—de que las profesiones de internacionalismo revolucionario maoístas no son simplemente una respuesta a las provocaciones occidentales, sino que reflejan auténticamente la mentalidad de las masas chinas.

En definitiva, y a esto es a lo que desde un principio queríamos venir a parar, ¿se puede hablar de una era Jruschov? Para el autor de este libro esta cuestión no ofrece complicación alguna, puesto que, en rigor—señala (p. 169)—, «no se puede hablar de una “era Jruschov” de la misma manera que se habla de una “era de Stalin”, y no sólo porque Jruschov ha permanecido en su cargo la tercera parte del tiempo que Stalin o porque no ha tenido ni siquiera la tercera parte del poder de éste. El jruschovismo no ha presentado una idea (ni siquiera una política) grande y positiva propia. Tampoco ha creado un dogma o un mito nuevo que expresara significativamente, como el “socialismo en un solo país”, la “falsa conciencia” de una situación histórica real. El jruschovismo ha estado falto de toda aspiración creadora; siempre que Jruschov ha expuesto alguno de los objetivos elementales y familiares del socialismo, invariablemente ha dado de él una parodia vulgar».

Por último, se pregunta el autor de este libro, ¿cómo se puede explicar convincentemente la crisis de 1964 y el derrocamiento del campeón de la desestalinización? «La “crisis del Gobierno” de 1964—escribe el doctor Deutscher (p. 172)—fue un acontecimiento sin precedentes en la historia rusa. Hasta entonces nadie había sido excluido del poder de esa forma, mientras desempeñaba todos los cargos supremos del Estado. Para que esto fuera posible tenía que quebrarse la antigua inercia del gobierno autocrático. La crisis fue resuelta por una combinación de revuelta palaciega y votación cuasidemocrática en el Comité Central. Ni la revuelta ni la votación se habrían producido tan suavemente si tan sólo unos cuantos “hambrientos de poder” hubieran unido sus fuerzas para expulsar a Jruschov del poder. Para que la medida prosperara, el cuerpo principal del grupo gobernante tenía que volverse contra el dirigente. Los varios centenares de miembros del Comité Central no habrían estado de acuerdo en la destitución

RECENSIONES

del hombre que había sido durante once años su primer secretario de no ser porque ellos, sus amigos y asociados, habían llegado al convencimiento de que por razones políticas la medida estaba justificada y era necesaria. Ciertamente, Jruschov se había enfrentado al Comité Central al presentar la candidatura a dirigente único; de este modo provocó que el Comité Central afirmara su pretensión de dirección colectiva.»

En cierto modo—y con la exposición de esta tesis finaliza el libro (p. 198)—, nos indica el autor, el stalinismo subsiste todavía: «Desgraciadamente, los sucesores de Jruschov todavía pertenecen, al igual que él, al grupo de dirigentes formados bajo el stalinismo, a pesar de que se hayan reformado en la era post-staliniana. Solamente una generación más joven y más civilizada puede proporcionar dirigentes diferentes, pero éstos todavía no han tenido tiempo ni posibilidad de presentar su candidatura. Entre tanto, los sucesores de Jruschov se han comprometido explícitamente a continuar la desestalinización e implícitamente a acabar con el “culto a Jruschov”.»

Es obvio que el comienzo, el inequívoco comienzo de una fase auténticamente nueva de la revolución rusa—y no solamente de la rusa—, se ha retrasado demasiado. Sobre el mundo socialista se ciernen, si aceptamos el pensamiento del autor de este importante libro, inciertas perspectivas.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

FRANCESCO LEONI: *Orígenes del nacionalismo italiano*. Ed. Morano. Nápoles, 1970, 128 pp.

«Cuando hablamos de nacionalismo italiano, frecuentemente confundimos con esto, que fue un movimiento bien definido en la doctrina, en la acción y la organización, con teorías, movimientos y fenómenos del todo diferentes por el origen y el contenido.» (Federzoni.)

La finalidad de este examen crítico del profesor Leoni es la de iluminar, con su consabida objetividad, el nacionalismo italiano menos conocido, esto es, el que fue desde sus orígenes hasta el Congreso de Florencia en 1910.

Dirigiendo la investigación sobre las preposiciones históricas que estuvieron en la base del movimiento, y volviendo después esta investigación hacia el análisis profundizado de las causas y los motivos históricos inmediatos que llevaron al estallar de ello, el autor, a través de una serie de atentas e interesadas consideraciones, tanto históricas como sociopolíticas, subraya muy bien los temas, las aspiraciones y los motivos de polémica de los promotores de tal movimiento.

La tesis de un nacionalismo italiano movido por el sentimiento dannunziano, que habría sacado su inspiración del nacionalismo ultraalpino de Barres y el de Maurras y (menos aún) del sindicalismo y la teoría de la violencia de Sorel, había sido expuesta primeramente por Croce, y después repetida por Cecil Spridge en su libro *The development of modern Italy*; juntamente con otras proposiciones discutibles semejantes, acaso sugeridas más por preconceptos políticos que por espíritu de objetividad histórica.

Hay que tener constantemente presente una presuposición que sostiene el autor. Es la de considerar el nacimiento del nacionalismo italiano, como el surgir espontáneo de un movimiento que hunde sus raíces, más ideológicas que políticas, en la reacción violenta ante cierto sistema de vida que entonces imperaba.

Rocco escribía: «Hemos olvidado que además del individuo, además de las clases, además de la Humanidad, existe la nación, la raza italiana.»

Nacido así como un hecho negativo, el nacionalismo asumió unas características positivas, al hacer brotar un programa político bien definido.

RECENSIONES

En el análisis de las causas que llevaron a la afirmación del verbo nacionalista son tres los elementos que el autor pone en evidencia: la falta de una política exterior adecuada al prestigio italiano, la política interna de «democracia pequeño-burguesa», y la polémica socialista.

Sobre este último punto, el autor se detiene para subrayar como «...hasta lo último, el movimiento nacionalista dio su contribución de animosidad a la lucha contra el socialista»; que desde el encuentro verbal del comienzo había llegado a ser una violenta polémica periodística y parlamentaria, para transformarse después en choques callejeros.

A través de una atenta puntualización de acontecimientos, problemas y tendencias que envolvían el ánimo de los agitadores, el autor nos presenta un nacionalismo católico, monárquico, antimasonico, antidemocrático, triplicista y francófono; sin renunciar a unas pausas críticas que ofrecen al lector no pocos fundamentos de reflexión.

En la exposición, clara y objetiva, debe darse un justo relieve a la agilidad del lenguaje, que añade al minucioso análisis de Francesco Leoni, el mérito de una lectura suelta y agilísima.

FRANCESCO GRUE

(Traducción de Rodolfo Gil Benumeya)

